

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Apunte para cuatro retratos

¿ Es, de verdad, el rostro, una máscara que oculta una vida, o es una ventana entreabierta que permite atisbarla? Yo pienso que muy pocos rostros son máscaras. La mayoría son ventanas entreabiertas u ojos de cerradura, a través de los cuales se puede espiar.

En varias ocasiones me he sorprendido a mí mismo tratando de descifrar el enigma de una vida mediante la contemplación de un rostro y el análisis de su expresión.

Hoy, por ejemplo, me ha impresionado una persona que estaba sentada frente a mí en el parque. Su mirada, baja e inmóvil, estaba clavada fijamente en un solo punto del suelo, sus cejas estaban tensionadas y su frente surcada por arrugas.

Ese ser no estaba allí, estaba vagando lejos, muy lejos, trató, quizá, de huir de sí mismo. O estaba perdido en las profundas inmensidades de su alma, intentando encontrar su verdadera imagen, su verdadera imagen perdida y casi olvidada. No sé dónde estaba, pero en su rostro se adivinaba preocupación y urgencia, urgencia de alejarse de sí o de encontrarse a sí mismo, urgencia para hallar los fósforos y encender una luz. En ese mundo lejano, por el cual vagaba, no había luz, y en las profundidades por donde se buscaba a sí mismo, tampoco.

Estoy seguro de que este ser sentía urgencia de encender una luz, aunque fuese tenue y vacilante como la de un fósforo. Necesitaba desesperadamente hallar una luz.

Yo estaba fuera, en el parque iluminado por el cálido sol del atardecer y me angustiaba asomándome a su ventana, a su ventana de noche negra, a su ventana de vacío y de lejanía.

Yo no podía ayudarle, yo no podía guiarle a través de sus caminos, porque los seres humanos tenemos caminos que únicamente podemos recorrer en solitario. En sus caminos no cabía yo. Cabía él solo.

Otro nuevo rostro ha llamado mi atención. Es un rostro joven, lozano, de ojos grandes, abiertos como grandes ventanales del alma. Estos ojos no son ojos para ser iluminados. Son ojos que iluminan. La luz interior desborda por ellos.

No sé si esa persona es pobre o rica, pero puedo asegurar que es feliz y que vive rodeada de amor. Recibe amor y da amor. El amor transita por ella y sigue adelante. Sus caminos interiores son amplios, rectos e iluminados y sus caminos exteriores también. Por ellos camina con firmeza y por ellos llegará muy lejos.

Esta persona es feliz y será feliz. Grandes faros iluminan sus rectos y amplios caminos y un gran amor perfuma su vida y le acompaña.

El rostro que tengo ante mí ahora, otro rostro joven, tiene sus faros apagados. Su expresión deja traslucir la coexistencia de un alegre y generoso impulso vital, que efervesce y de una pesada losa que lo oprime.

Sus ojos intentan jugar con el mundo, pero, súbitamente, son invadidos por una densa y opaca niebla que los apaga. ¡Cuánta tristeza siento al contemplar esa expresión! Me ilusiono cuando veo aflorar en su rostro un chisporroteo de sana alegría juvenil, pero me deprimó en seguida, cuando veo que algo viscoso y hediondo avanza y se apodera de su gesto,

Su mirada alterna ráfagas de brillo y de fulgor con inacabables periodos de opacidad, de una sólida opacidad que, sin duda, oculta angustia, tristeza, vergüenza, rabia y remordimiento.

Los caminos que recorre este joven no son amplios, rectos e iluminados, sino angostos y penumbrosos. Son caminos que no van a ninguna parte, o mejor dicho, van a donde él no quiere llegar.

¡Qué peligroso es jugar a caminar por caminos que conducen a donde uno no quiere ir, por caminos fáciles, siempre descendentes, que inexorablemente conducen a la ciénaga que hay allá abajo!

El rostro que ahora contemplo tiene la robustez y la aspereza del roble añoso, pero su mirada, serena, limpia y penetrante, trasluce aún el frescor de los años jóvenes. Esta mirada me confunde y me inquieta, porque me mira desde una perspectiva lejana, como las águilas. No soy yo el que analiza. Yo soy analizado.

Esta es una mirada que emite destellos, que refleja la luz con ángulos muy diversos, como los diamantes. La luz reflejada en cada instante depende del lugar donde se ha posado la mariposa de su recuerdo, o de la cuadrícula de mi ser que está escudriñando.

A través de esos ojos veo, calmadas ya, las aguas que un día estuvieron encrespadas; veo trozos vivos de la historia, que aún palpitan entre tanta carne muerta; veo escenas de amor y de ternura, disecadas y aprisionadas entre las amarillas hojas del libro de su vida; veo las imágenes fantasmagóricas de otras muchas personas que acompañaron su caminar, que brillaron como luceiros de su alma, y ya no son nada.

A través de esos ojos serenos, que dicen todo en silencio, adivino la sabiduría adquirida en libros viejos y la destilada por miles y miles de días aromáticos; adivino el temple de quien se forjó en la larga y dura bata-

lla del quehacer diario; adivino la prudencia de quien fue a todos los sitios y ya ha regresado.

Veo en esos ojos una dulce y melancólica tristeza cuando se desgranaban las perlas de los recuerdos y cuando se avivan viejos aromas.

En esos ojos se traslucen amores vivos a tantas personas muertas, a tantas cosas amadas, ya desaparecidas, y a tantos lugares entrañables, lejanos e inaccesibles para siempre.

También adivino en esa mirada una súplica de amor nuevo, de un amor que nazca cada día y no se disipe con la noche, de un amor que sea el fresco rocío que humedece las flores al amanecer, de un amor, al fin, que acompañe, fiel, el lento y pesado caminar, hasta que Dios quiera, hasta que el caso abra la puerta a la gran aurora.

Profesor de Investigación